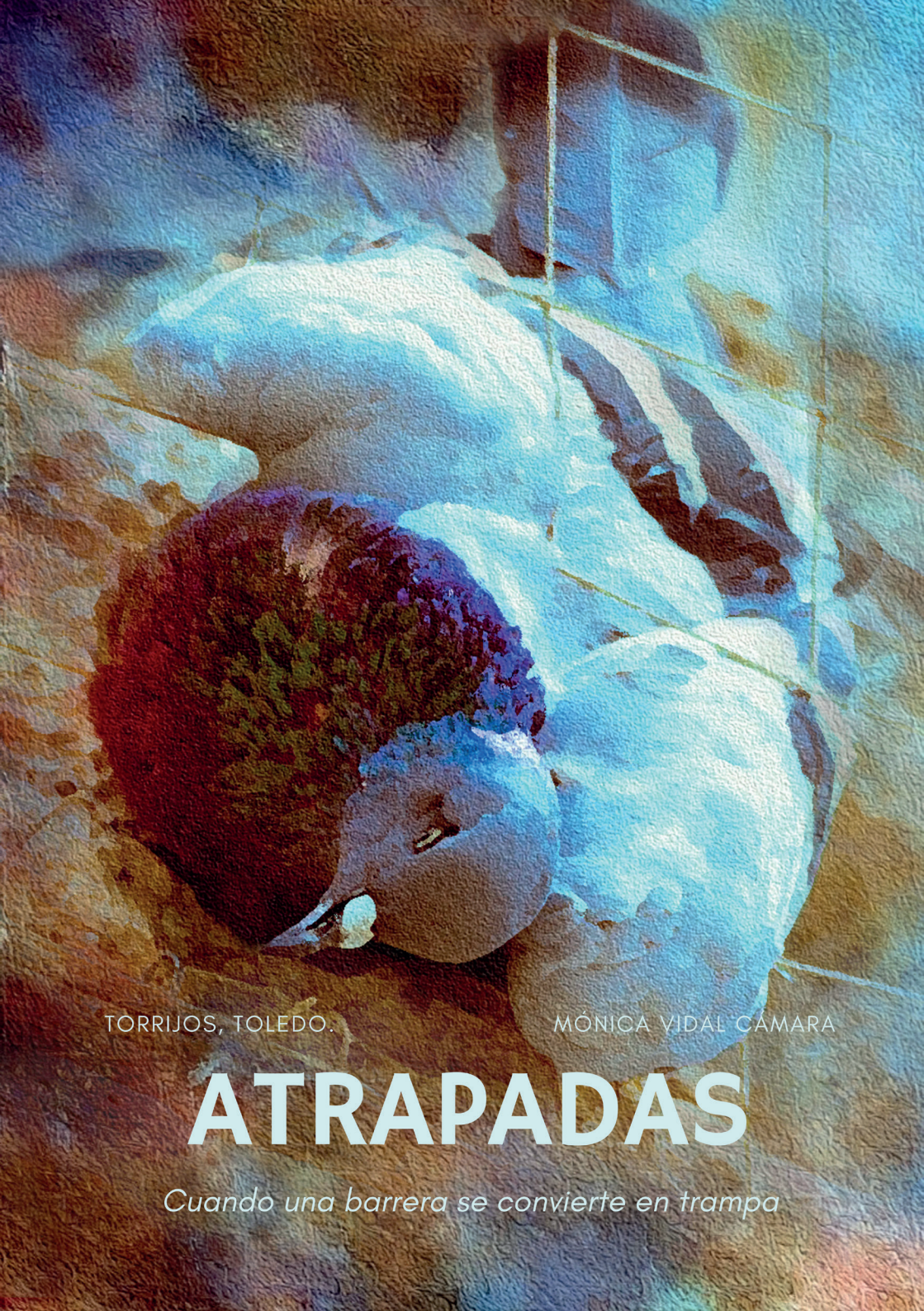

TORRIJOS, TOLEDO.

MÓNICA VIDAL CÁMARA

ATRAPADAS

Cuando una barrera se convierte en trampa

Cuatro palomas
vuelan y tornan.

Llevan heridas
sus cuatro sombras.

- Federico Gracía Lorca -
Cazador, 1927

POR QUÉ ESCRIBO ESTE FANZINE

Todo empezó durante una de las salidas con Kuro, mi perro. Vi una paloma muerta en las redes de la iglesia del pueblo donde vivo. Después apareció otra. Y poco a poco fueron apareciendo más. Yo observo, lo observo todo. Observo el cielo, el suelo, los árboles, los tejados. Busco aves continuamente y, a veces, buscándolas, también las encuentro en peligro.

No puedo mirar hacia otro lado ante el sufrimiento de otro ser vivo, mucho menos cuando ese sufrimiento lo hemos provocado nosotros, los humanos, mi propia especie. Hay algo profundamente injusto en causar un daño y seguir caminando como si ese dolor, por pertenecer a otra especie, importara menos. Siento una responsabilidad enorme de hacer algo cuando lo tengo delante.

Con estas palomas no sabía cómo actuar. Intenté denunciarlo, no me permitieron hacerlo,
busqué respuestas, intenté entender qué estaba ocurriendo, mientras los cuerpos seguían allí.

Así que decidí recurrir a lo que siempre se me ha dado bien, a la única voz con la que sé gritar fuerte: el arte.

La fotografía, la escritura, la investigación, las imágenes.

Quizá no pueda cambiar yo sola lo que ocurre detrás de esas redes, pero puedo observar, documentar, investigar, preguntar y mostrar aquello que otros no quieren ver. Puedo negarme a normalizarlo.

Este fanzine nace de ahí. De una paloma muerta durante un paseo y de todas las que vinieron después.

CONOCIENDO A COLUMBA LIVIA

Aunque forman parte de nuestro paisaje cotidiano, las palomas esconden una biología mucho más interesante de lo que solemos imaginar.

La vida en libertad no es fácil. Muchas mueren jóvenes y la mortalidad durante el primer año es elevada, aunque los individuos que sobreviven pueden vivir varios años y, en condiciones favorables, alcanzar edades considerablemente mayores. Depredadores, enfermedades, parásitos, accidentes, colisiones, condiciones meteorológicas extremas y las propias actuaciones humanas forman parte de las amenazas a las que se enfrentan.

Son además animales con notables capacidades de aprendizaje y memoria. Pueden reconocer individuos y aprender a distinguir personas concretas a partir de experiencias anteriores, modificando posteriormente su comportamiento ante ellas.

Su capacidad de orientación es extraordinaria. Pueden regresar a lugares conocidos desde grandes distancias, una habilidad que durante siglos los seres humanos aprovechamos utilizando palomas como mensajeras.

Incluso su forma de beber resulta peculiar entre las aves: pueden introducir el pico en el agua y beber de manera continua mediante succión, sin tener que levantar la cabeza después de cada trago.

Quizá precisamente por verlas todos los días hemos dejado de mirarlas con atención.

Lo extraordinario también puede volverse invisible cuando se convierte en cotidiano.

ANTES DE SER UNA PLAGA

Las palomas no llegaron a nuestras ciudades por casualidad.

La paloma urbana desciende de la paloma bravía (Columba livia), un ave asociada originalmente a acantilados, paredes rocosas y cavidades. Mucho antes de que llenaran nuestras plazas, los seres humanos comenzaron a domesticarlas.

Durante miles de años las criamos por su carne, utilizamos sus excrementos como fertilizante, las empleamos con fines religiosos y ornamentales y aprovechamos su extraordinaria capacidad de orientación para transportar mensajes. Construimos incluso edificios destinados específicamente a ellas: los palomares.

Durante siglos fueron animales útiles.

Las seleccionamos, las criamos y las transportamos por el mundo. Algunas escaparon; otras fueron liberadas. Sus descendientes terminaron formando gran parte de las poblaciones que hoy viven libremente en nuestras ciudades.

Y nuestras propias construcciones les ofrecieron un hábitat extraordinariamente familiar.

Para una especie acostumbrada a criar sobre paredes de roca, un edificio puede funcionar como un enorme acantilado artificial. Una cornisa se convierte en una repisa. Un hueco de una fachada, en una cavidad. Un tejado o un campanario, en un lugar elevado donde refugiarse y reproducirse.

No invadieron un mundo completamente ajeno.
Aprendieron a sobrevivir en el que nosotros construimos.

Las domesticamos.
Las criamos.
Las llevamos con nosotros.
Les construimos lugares donde vivir.

Y ahora, en muchas ciudades, utilizamos la palabra «plaga» para referirnos a sus poblaciones cuando entran en conflicto con nuestros intereses.

Eso no significa negar los problemas que una población numerosa de palomas puede generar ni defender que deban ocupar cualquier espacio. La convivencia con la fauna urbana también necesita gestión.

Pero quizá merece la pena recordar nuestra propia participación en esta historia antes de decidir cómo resolverla.

Antes de ser un problema para nosotros, fueron animales que nosotros mismos quisimos tener cerca.

CASO 001 / ATRAPADAS

Localización: *Torrijos, Toledo*
Especie: *Paloma bravía/doméstica (Columba livia)*
Lugar: *Colegiata del Santísimo Sacramento*
Fecha de observación: *22-07-2026*
Estado: Investigación *abierta*

CASO 001 / ATRAPADAS

En la iglesia, una red cubre parte de la piedra. No está claro, a simple vista, cuál es su función: proteger frente a posibles desprendimientos o impedir que las palomas accedan al edificio. Su disposición parece apuntar a lo segundo.

Pero las palomas siguen entrando.

Vuelan detrás de ella, caminan sobre la piedra y utilizan los mismos huecos que la red pretende aislar. Algunas encuentran la salida. Otras permanecen allí muertas.

El primer hallazgo fue una paloma muerta junto a la entrada de la iglesia. Su cuerpo permanecía suspendido, enganchado en la red.

No sabemos cuánto tiempo estuvo allí.
No sabemos cómo quedó atrapada.
Tampoco sabemos exactamente cómo murió.

Pudo quedar enganchada intentando salir. Pudo agotarse después de permanecer encerrada sin acceso suficiente a agua o alimento. Pudo ocurrir de otra manera.

Pero su cuerpo plantea una pregunta:

¿Cómo termina un animal atrapado dentro
de una barrera diseñada para mantenerlo fuera?

LA BARRERA

Una red cubre parte de los elementos arquitectónicos de **la Colegiata del Santísimo Sacramento.** Su función no está indicada en el lugar y, únicamente mediante la observación, no es posible determinar con certeza el motivo por el que fue instalada.

Una primera posibilidad es que se trate de una medida de protección frente a posibles desprendimientos de la piedra. La segunda, que su finalidad sea **impedir el acceso de las palomas a cornisas, relieves y otros espacios de la fachada.**

Varios indicios apuntan hacia esta segunda hipótesis.

La red presenta una malla regular y relativamente amplia. Este tipo de configuración coincide con sistemas comerciales destinados a la exclusión de palomas: existen redes antipájaros específicamente diseñadas con mallas de 50 × 50 mm, instaladas frente a fachadas y elementos arquitectónicos para impedir el acceso de estas aves.

El tamaño de la malla observada también plantea dudas sobre su posible función frente a pequeños desprendimientos, ya que fragmentos de dimensiones inferiores podrían atravesarla. Sin embargo, ni el tamaño aparente de los huecos ni el grosor de la fibra permiten descartar por sí solos una función de seguridad: existen diferentes sistemas de protección y su resistencia no puede determinarse únicamente a partir de fotografías. Hay, sin embargo, otro elemento relevante: su disposición.

La red no se encuentra adherida a la piedra. Está instalada por delante de cornisas, relieves y cavidades, creando un espacio entre la arquitectura y la propia malla. Es precisamente este espacio el que las palomas continúan utilizando.

Durante la observación se documentaron varios individuos detrás de la red.

Por tanto, aunque todavía no pueda establecerse documentalmente cuál fue la finalidad original de la instalación, sí puede afirmarse algo:

la red no está impidiendo el acceso de las palomas.

¿QUIÉN DECIDE QUIÉN PUEDE ESTAR?

Hay algo en nuestra relación con los animales urbanos que siempre me ha resultado difícil de aceptar: la facilidad con la que asumimos que el espacio nos pertenece.

Construimos edificios, levantamos muros, transformamos el paisaje y decidimos qué especies pueden permanecer dentro de él. Algunas nos gustan y las protegemos. Otras ensucian, hacen ruido, ocupan nuestros tejados o simplemente aparecen donde no queremos que estén, y entonces buscamos la manera de expulsarlas.

A veces me pregunto de dónde nace esa certeza de que somos nosotros quienes tenemos derecho a decidir qué ser vivo puede estar en un lugar y cuál debe marcharse.

Entiendo, sin embargo, que la convivencia entre fauna y seres humanos puede generar conflictos reales. En entornos urbanos existen especies cuyas poblaciones pueden alcanzar densidades elevadas y cuya presencia puede requerir medidas de gestión. Coloquialmente hablamos de «plagas», aunque resulta más preciso hablar de control o gestión de poblaciones de fauna urbana.

Desde el punto de vista biológico, gestionar una población no es necesariamente algo negativo. Cuando una especie alcanza una abundancia elevada en un entorno profundamente modificado por nosotros, pueden aparecer problemas de competencia, disponibilidad de alimento, transmisión de enfermedades dentro de la propia población, acumulación de residuos o conflictos con otras especies y con las actividades humanas. En determinados lugares también puede ser necesario proteger edificios, monumentos o infraestructuras.

Las palomas son un buen ejemplo de esa convivencia complicada. Llevan siglos viviendo junto a nosotros y han aprendido a utilizar cornisas, tejados, campanarios y huecos de edificios de una manera similar a como sus antepasados utilizaban paredes rocosas y acantilados. Nosotros vemos una fachada. Para una paloma, puede ser simplemente un lugar donde descansar, refugiarse o criar.

Por eso puedo comprender que existan situaciones en las que sea necesario limitar su acceso a determinados espacios, aunque personalmente me resulte difícil aceptar la facilidad con la que convertimos a un animal en un problema simplemente porque ha aprendido a vivir en el mundo que nosotros hemos transformado.

Puedo entender el motivo sin estar necesariamente de acuerdo con nuestra forma de resolverlo.

Y, aun aceptando la necesidad de controlar determinadas poblaciones o proteger determinados edificios, debería existir un límite fundamental:

impedir que un animal esté en un lugar no debería significar hacerlo sufrir.

En Castilla-La Mancha ese límite no es únicamente una cuestión ética. También está escrito en la ley.

La Ley 7/2020, de Bienestar, Protección y Defensa de los Animales de Castilla-La Mancha, contempla expresamente el control de las poblaciones de palomas. Su artículo 28.2 establece:

«Los Ayuntamientos **podrán asimismo llevar a cabo programas de control de poblaciones de palomas mediante métodos que no impliquen sufrimientos o daños a los animales.**»

La norma no niega que pueda ser necesario controlar su presencia.

Establece un límite sobre cómo hacerlo: **sin sufrimiento y sin daño.**

Una red de exclusión puede responder precisamente a ese principio. En teoría, no necesita capturar ni matar al animal: simplemente crea una barrera física que le impide acceder al espacio que se pretende proteger.

Por eso la existencia de una red no constituye por sí misma el problema de este caso.

El problema comienza cuando una barrera destinada a mantener a las palomas fuera permite que entren y puede dificultar que vuelvan a salir.

Entonces deja de ser suficiente preguntarnos para qué fue instalada.

Hay que preguntarse si está cumpliendo su función.

Y, sobre todo, a qué precio.

PERO ESTÁN DENTRO

Una barrera de exclusión solo funciona mientras mantenga a los animales fuera del espacio que pretende proteger.

Aquí, las palomas entran.

Durante las observaciones realizadas en la Colegiata se ha documentado la presencia de palomas vivas en el espacio comprendido entre la red y la fachada. Algunas acceden a la zona protegida y, por suerte, consiguen encontrar una salida.

Pero no todas parecen correr la misma suerte.

A simple vista pueden localizarse más de cinco cadáveres de paloma en distintos puntos detrás de la red. Algunos permanecen sobre los elementos arquitectónicos; otros han quedado retenidos en la propia instalación.

La presencia de esos cuerpos no permite determinar, por sí sola, cómo murió cada animal.

No sabemos cuánto tiempo permanecieron allí, si quedaron atrapados al intentar atravesar la malla, si fueron incapaces de localizar una salida o si intervinieron otros factores.

Pero sí demuestra que no estamos ante un único hallazgo aislado.

Hay palomas que consiguen acceder al interior de una barrera que aparentemente debería impedirlo. Hay palomas que consiguen volver a salir.

Y hay otras que mueren dentro. Esto cambia la pregunta.

La cuestión ya no es únicamente que las palomas sean capaces de atravesar la barrera.

Hay que preguntarse por qué algunos animales consiguen abandonar ese espacio mientras otros

terminan muertos en él, y si el diseño, el estado o el mantenimiento de la instalación puede
estar relacionado con lo que estamos observando.

Más de cinco cuerpos permanecen visibles detrás de una barrera destinada, aparentemente, a mantenerlas fuera.

¿QUÉ ESTÁ FALLANDO?

Una red antipalomas no está diseñada para capturar aves. Su funcionamiento depende de algo aparentemente sencillo: cerrar por completo el acceso al espacio protegido.

La instalación debe formar una barrera continua, sin huecos por los que las palomas puedan introducirse. Los perímetros, uniones y puntos de anclaje son especialmente importantes: basta una abertura para que un animal consiga atravesar la barrera.

Pero instalar una red no significa que vaya a funcionar indefinidamente.

El paso del tiempo, la tensión de la malla, los anclajes, posibles roturas o modificaciones del edificio pueden generar nuevos puntos de acceso. Por eso este tipo de sistemas requiere revisión y mantenimiento.

Existe además una precaución fundamental: antes de cerrar un espacio debe comprobarse que no queden aves atrapadas en su interior.

Si una paloma consigue entrar detrás de una red, el sistema ya no está funcionando únicamente como una barrera exterior. Para el animal que permanece dentro, esa misma estructura puede convertirse en una barrera para escapar.

En la Colegiata sabemos que existen puntos por los que las palomas acceden al espacio protegido, porque se ha observado a individuos vivos detrás de la malla.

No conocemos el punto exacto de acceso. Pero para constatar el fallo de la barrera basta un hecho: están dentro.

LA CONTRADICCIÓN

Si la finalidad de estas redes es evitar los problemas asociados a la presencia de palomas —excrementos, suciedad, nidificación, deterioro, necesidades de limpieza y determinados riesgos sanitarios— hay algo difícil de ignorar:

detrás de la red permanecen sus cuerpos.

Un cadáver también es materia orgánica. Durante su descomposición se producen fluidos, olores y otros productos de degradación y, dependiendo de las condiciones, los restos pueden atraer insectos y otros organismos.

Esto no significa que encontrar una paloma muerta constituya automáticamente un peligro sanitario, del mismo modo que la presencia de excrementos tampoco implica por sí sola un riesgo elevado. El riesgo depende de la cantidad, la exposición y las circunstancias.

Pero la contradicción permanece.

Si instalamos una barrera para reducir la acumulación de restos asociados a las palomas, permitir que sus cadáveres permanezcan detrás no elimina el problema: lo sustituye por otro.

A la suciedad se añade ahora la descomposición.
A la necesidad de limpieza, la retirada de los cuerpos.
Al mantenimiento del edificio, el mantenimiento de una barrera que las palomas continúan atravesando.

Una red de exclusión debería mantenerlas fuera.

No dejar sus cadáveres dentro.

NO ERA UNA

El 22 de julio de 2026, junto a la entrada de la Colegiata, apareció el primer cuerpo.

Una paloma permanecía muerta detrás de la red, suspendida junto a la piedra y retenida en la propia instalación. En aquel momento podía parecer un accidente aislado: un animal que, por alguna razón, había terminado atrapado allí.

No sabemos cuánto tiempo llevaba muerta. Tampoco podemos determinar qué ocurrió antes de morir. La posición del cuerpo permite plantear hipótesis —un intento de atravesar la malla, una dificultad para encontrar la salida, agotamiento, deshidratación, una lesión previa—, pero sin examinar el cadáver no es posible establecer la causa de la muerte.

Una semana después apareció otra.

Muy cerca de la primera.

Fue entonces cuando dejamos de mirar únicamente a esas dos palomas y empezamos a recorrer visualmente toda la instalación.

Había más.

Entre la red y la arquitectura podían distinguirse varios cuerpos en diferentes puntos y estados de conservación. Algunos resultaban evidentes; otros apenas se reconocían entre la piedra, las plumas y la propia malla.

En una primera inspección visual pudieron localizarse más de cinco cadáveres.

El hallazgo cambiaba entonces de significado.

Una paloma muerta detrás de una red puede ser un accidente. Dos comienzan a plantear preguntas. Cuando los cuerpos aparecen repetidos dentro del mismo espacio, es necesario preguntarse si existe un patrón.

No sabemos si todas murieron de la misma manera. No sabemos si entraron por el mismo lugar ni cuánto tiempo permanecieron allí. Tampoco podemos afirmar que la red fuera la causa directa de cada muerte.

Pero todas comparten algo:

acabaron muertas al otro lado de una barrera que,
aparentemente,
debía mantenerlas
fuera.

LAS PALOMAS NO SON INDIVIDUOS AISLADOS

La paloma bravía (Columba livia) es una especie social y frecuentemente colonial. Puede criar en solitario, pero también forma colonias en las que distintas parejas utilizan lugares de nidificación próximos entre sí.

Dentro de esas colonias existen relaciones individuales especialmente importantes.

Las palomas forman vínculos de pareja estables. Una vez constituida la pareja, ambos individuos participan en la reproducción, mantienen y defienden el lugar de nidificación y desarrollan comportamientos coordinados. Los estudios experimentales muestran que estos vínculos pueden mantenerse incluso cuando las condiciones reproductivas cambian.

No se trata simplemente de dos animales que coinciden para reproducirse.

Existe cortejo, acicalamiento mutuo, defensa de la pareja, descanso conjunto y cuidado compartido de la descendencia. Las parejas suelen mantenerse durante periodos prolongados y con frecuencia continúan juntas hasta la muerte de uno de sus miembros, aunque también pueden producirse separaciones y nuevas parejas.

Su estructura social puede ser incluso más flexible de lo que solemos imaginar. Experimentalmente se han documentado parejas duraderas entre hembras que cooperaron en la crianza cuando se modificó la proporción de sexos de una colonia.

Una paloma puede ser una más dentro de una bandada para nosotros. Para otra paloma, no necesariamente lo es.

DOS CUERPOS, UNO JUNTO AL OTRO

La segunda paloma apareció días después. Estaba muy cerca de la primera.

Podría ser una coincidencia. Dos animales de una misma colonia pueden utilizar los mismos lugares, atravesar los mismos accesos y enfrentarse al mismo peligro.

Pero también existe otra posibilidad. Las palomas forman vínculos.

Son aves sociales y sus parejas pueden permanecer juntas durante largos periodos. Comparten el lugar de nidificación, lo defienden frente a otros individuos y se reparten una tarea especialmente importante: criar. Macho y hembra incuban los huevos y ambos alimentan y protegen a sus polluelos. La presencia del otro forma parte de su vida cotidiana, y cuando uno de los miembros desaparece, el comportamiento del que permanece cambia.

Por eso resulta difícil mirar aquellos dos cuerpos, separados por tan poca distancia, sin hacerse una pregunta.

¿Se conocían?

No podemos saberlo.

Quizá eran pareja. Quizá compartían un lugar de nidificación. Quizá uno de ellos regresó buscando a un individuo que ya no aparecía donde siempre estaba. Quizá uno se aproximó al otro cuando ya había muerto.

O quizá ninguno de esos escenarios ocurrió.

La ciencia todavía sabe sorprendentemente poco sobre cómo responden las palomas a la muerte de individuos con los que mantenían un vínculo. Los experimentos realizados con cadáveres de congéneres sugieren que su reacción general ante un cuerpo muerto es mucho menos intensa que la observada en córvidos. Pero eso no permite concluir qué ocurre cuando el cadáver pertenece a su pareja o a una de sus crías.

Lo único que sabemos de aquellos dos individuos es dónde terminaron.

Uno apareció muerto, atrapado en la red.

Días después, otro apareció a su lado.

Nunca sabremos si el segundo llegó hasta allí por el mismo error que el primero...

o porque el primero estaba allí.

DEJAR DE MIRAR HACIA OTRO LADO

Este fanzine no pretende conseguir que ames a las palomas.

Pretende algo mucho más pequeño.

Que la próxima vez que veas una, la veas.

Que detrás de la palabra plaga seas capaz de reconocer a un individuo. Uno que siente miedo. Que huye del dolor. Que establece vínculos. Que intenta sobrevivir.

Hemos creado una extraña jerarquía de vidas.

Si un águila apareciera colgada de una red en mitad de una iglesia, sería insoportable. Alguien llamaría. Alguien exigiría que la retiraran. Alguien preguntaría cómo pudo ocurrir.

Pero era una paloma.

Después otra.

Y otra.

Y durante quién sabe cuánto tiempo, cientos de personas pasaron por debajo.

Eso es lo que más me inquieta de este caso.

No solamente que murieran.

Sino que pudiéramos acostumbrarnos a verlas muertas.

Una especie puede ser abundante. Puede ensuciar nuestros edificios. Puede necesitar ser gestionada. Podemos incluso decidir que no queremos que ocupe determinados espacios.

Pero ninguna de esas cosas modifica la experiencia del individuo que queda atrapado.

Para el animal que sufre, no existe la categoría de “plaga”.
Solo existe el sufrimiento.

La ley lo reduce a unas pocas palabras:

«sin sufrimientos o daños a los animales».

Quizá nosotros tampoco necesitemos muchas más.

No pido que abramos todas las redes.

No pido que dejemos de proteger nuestros edificios.

Pido que, cuando una solución empieza a dejar cadáveres, dejemos de llamarla solución.

Que alguien mire hacia arriba.
Que alguien pregunte.
Que alguien se haga responsable.
Que alguien actúe antes de que haya otro cuerpo colgado.

Porque nuestra responsabilidad hacia otros animales no debería empezar cuando una especie está a punto de desaparecer.

Debería empezar cuando un individuo está sufriendo delante de nosotros.

Y si después de cerrar estas páginas vuelves a pasar junto a esa iglesia —o junto a cualquier otra red— y miras hacia arriba,

entonces ellas ya no habrán sido invisibles.